

En los márgenes de la sociología histórica: una aproximación a la disputa entre la sociología y la historia

Ramón Ramos Torre



Las disputas de familia suelen ser las más enconadas. Cuando parecen ya diluidas y olvidadas, resurgen como por sorpresa, inmemoriales y frescas, arrastrando consigo una perfecta memoria de los agravios y las palabras gruesas dichas en el pasado. Este saber casero viene a cuento del tema que quiero abordar: la disputa entre la sociología y la historia. Es vieja, enconada y tiene todos los rasgos de las disputas de familia, pues si desaparece coyunturalmente, acaba reapareciendo como si las treguas anteriores no hubieran existido y todo estuviera como al principio. Una prueba de ello se encuentra en el debate reabierto sobre el tema por Goldthorpe en el ámbito académico anglo-sajón¹, debate en el que la crispación de los contendientes, su acaloramiento y la incapacidad para desprenderse de los viejos fantasmas del pasado son muestra de los malentendidos que todavía dominan las relaciones entre historiadores y sociólogos y de las dificultades que encuentra ese proyecto de síntesis que es la sociología histórica.

No creo que merezca la pena entretenerse en *reconstruir* y *desenredar* esta (pen-)última guerra civil de las ciencias sociales. Es simplemente el signo de un problema persistente que se arrastra desde su institucionalización académica ocurrida en el marco del sueño, ya desvanecido, del discurso científico referencial-analítico. Ese sueño derivó en una pesadilla en la que los términos que calificaban a la moderna ciencia social se contrapusieron como rivales inconciliables: por un lado la referencialidad objetivista e incontaminada de la historia; por el otro, la augusta altura analítica de la sociología y sus pretendidas leyes del ser social. Mientras persista ese sueño se mantendrá la pesadilla y, como en las viejas historias míticas fundacionales, los hermanos gemelos se verán abocados a una lucha fratricida por la delimitación del territorio.

Quisiera ir más allá, pero dando, a la vez, razón de este sueño y de su resaca todavía persistente. Para hacerlo intentaré dar razón de cómo cabe pensar la diferencia entre la sociología y la historia y de qué manera se proyecta en la empresa actual de la sociología histórica.

Un problema de vecindad: las relaciones entre la historia y la sociología

Plantear abstractamente las relaciones entre sociología e historia se corre el riesgo de acabar derivando hacia un limbo gaseoso y ambiguo. Está claro que, si sociologías hay muchas, no menos numerosas son las historiografías² y que, por lo tanto, esas relaciones se han definido y han sido pensadas de muchas maneras. Con todo, aunque esto sea cierto y haya que tomarlo seriamente en consideración, no creo estéril una aproximación de tipo genérico. Me apoyo en dos razones: la primera es que, con independencia de sus querellas internas, sociólogos e historiadores presentan, en sus ámbitos propios, distintivos aires de familia que explican lo enconado de las polémicas surgidas entre ambas familias, por encima de las existentes en el interior de cada una; la segunda es que gran parte de esas polémicas derivan de una poco clara reflexión sobre los términos enfrentados, por lo que aclararlos en sus aspectos más abstractos puede ser un paso decisivo para abordarlas.

Antes de hacerlo, es conveniente fijar, de forma panorámica, cómo conciben esas relaciones representantes de las dos familias. Atendiendo a la literatura más reciente, surge un cuadro descorazonador en el que resulta evidente que todo el mundo se siente invitado a dar su opinión sin atender mucho a la de los demás y sin esforzarse en saber si se está hablando de lo mismo. Forzando en una tipología comprimida la enorme variedad de posiciones existentes, se pueden proponer las siguientes posturas generales y sus variantes internas:

1. Una primera que niega que el problema sea tal ya que, se sostiene, no existen por igual los dos términos de la relación, por lo que malamente se puede hablar de relación si no hay nada que relacionar. Dentro de este campo cabe clasificar tanto a los que niegan la existencia o legitimidad de una de las ciencias³, como a los que sostienen su indistinción⁴. La conclusión final es que, dado el carácter ficticio del problema de base, mejor haríamos dedicándonos a otra cosa.

2. Otra postura es aquélla que asegura que, a pesar de dedicarse al estudio del mismo orden de fenómenos, ambas ciencias difieren sustancialmente, siendo para algunos, en aspectos decisivos, ciencias alternativas⁵ y para otros complementarias⁶. No se mantiene la tesis de la separación con el mismo radicalismo que antaño —cuando primaba el debate ciencias nomológicas versus ciencias ideográficas o ciencia positiva versus arte—, pero, aunque se tienda a matizar y limar las diferencias, se apuesta claramente por la diferenciación aduciendo motivos epistémicos, metodológicos, sustantivos, etcétera.
3. Se puede, por último, distinguir una tercera postura caracterizada por situarse en una posición intermedia entre los polos extremos de la separación sustancial y la plena fusión. Aparece en múltiples variantes: Se propone que las diferencias son de grado, matiz o énfasis (Bonnell 1980: 158), o que se trata de un caso de simple división amigable del trabajo en el marco de una empresa común (Juliá 1989: 83), o que es posible mediar entre los dos polos extremos convirtiendo en un continuo el espacio que los separa (Martins 1992: 220-1), o que, a pesar de sus diferencias, hay un espacio de pleno encuentro y convergencia que lima sus diferencias, llámese historia social o sociología histórica (Tilly 1981: 213-4; Skocpol 1984: 1-7), etc.

No creo viable entrar en este debate a no ser que previamente se introduzcan ciertas aclaraciones conceptuales. En concreto, propongo como punto de partida una aclaración del complejo campo semántico propio de la historia para pasar, a continuación, a abordar en mejores condiciones el problema de sus relaciones con la sociología.

Por lo menos desde Hegel⁷ se ha venido destacando la característica polisemia del concepto historia. Alargando esa polisemia en lo que es relevante en el caso que nos ocupa, se pueden diferenciar, al menos, cuatro planos decisivos de significación. Son los siguientes:

- H.^o 1: Hace referencia al conjunto de acontecimientos pasados (las **res gestae**) y su énfasis es básicamente temporal: se identifica el campo de la historia con el acontecer

humano que forma parte del pasado (individual o colectivo).

- H.^a 2: Hace referencia a cualquier acontecimiento que se considere relevante en razón de algún principio de selección que asegura su proyección efectiva o potencial. Lo histórico, desde este plano cotidiano de significación, no se limita temporalmente: puede ser algo pasado, pero también algo presente o futuro.
- H.^a 3: Hace referencia a la indagación crítica (en razón de la disciplina impuesta por la metódica que utiliza) sobre el acontecer que, a diferencia de otras indagaciones, tiene la pretensión (epistémica) de atenerse a lo realmente ocurrido, fijarlo y eventualmente dar cuenta de ello⁸. Lo histórico desde este punto de vista, aunque hace referencia al acontecer, no se identifica con los dos planos anteriores que, en todo caso, no son sino su eventual⁹ objeto de indagación.
- H.^a 4: Hace referencia, en las lenguas latinas, al objeto temático de una narración, es decir, a lo que ésta «cuenta» (el cuento que cuenta o *story*). En este sentido, la historia no se identifica necesariamente con ninguno de los tres planos anteriores (puede ser una historia sobre el futuro, irrelevante y de ficción).

Estas simples distinciones son cruciales. Tomándolas en consideración, podemos distinguir aquellos casos en los que sólo es aplicable uno de los campos semánticos, de aquellos otros en los que se sintetizan dos o más. En razón de esto, la pregunta sobre las relaciones entre sociología e historia puede plantearse de muchas maneras: ya como relación con cualquiera de los planos de significación de la historia; ya como relación con el conjunto formado por algunos de ellos; ya, por último, como relación con el sistema completo y sintetizado de los cuatro.

Esto indica ya que una de las posibles razones de lo empeinado y, en ocasiones, estéril de las polémicas en este campo puede deberse a que, planteándose aparentemente un mismo problema, en realidad se están planteando problemas muy distintos: en unos casos, la relación de la sociología con las *res gestae* del pasado; en otros, sus relaciones con el principio selectivo de relevancia de los historiadores; en otros, sus relaciones con los métodos críticos de ave-

riguación de los historiadores y sus pretensiones epistémicas; en otros, sus relaciones con la reconstrucción del acontecer por medio de narraciones; y es evidente que también se puede plantear cualquiera de las posibles combinaciones. También resulta evidente que las soluciones que se den a cada uno de esos problemas no se pueden generalizar sin más o proyectar sobre los restantes.

Aclarado esto, mi propuesta es que las relaciones entre la sociología y la historia deben ser pensadas tomando en consideración la síntesis de los cuatro planos de significación. Concibo, pues, la historia como un discurso narrativo (H.^a 4) que, utilizando específicos instrumentos críticos de indagación (H.^a 3), tiene la pretensión de fijar lo relevante (H.^a 2) del acontecer humano en el pasado (H.^a 1). Se trata de una síntesis específica en la que cada uno de los elementos queda cualificado por la presencia de los demás.

Si esto resulta aceptable, entonces el problema que se debate se convierte en el de las relaciones de la sociología con esa específica síntesis de lo histórico y, dado que esas relaciones son, por lo menos en las instituciones académicas, de diferencia, entonces lo que habrá que indagar es cómo se teje y justifica tal diferencia: ¿diferencia en qué?

Narración y tiempo como criterios de diferenciación

La hipótesis que propongo es que esa diferencia se muestra básicamente como discursiva o textual, pero que, encarnada en ella, aparece otra de semejante relevancia que hay que conceptualizar en términos temporales. Dicho de otra manera, lo que marca la diferencia de la historia, en este plano de sus relaciones con la sociología, es la narración (su específica estrategia textual) y el tiempo que en ésta se encarna. Proponer esto no supone negar la existencia de otros planos de diferenciación, sino sólo asegurar que son menores y que están conectados de forma subordinada a esa diferencia estratégica.

Considérense, en efecto, los otros planos posibles de diferenciación que surgen de la definición sintética propuesta: la relación con el pa-

sado, el criterio de relevancia y las técnicas de indagación. Se trata de diferencias que, aunque hayan sido subrayadas coyunturalmente en los debates sobre el tema, resultan en realidad menores o endebles. Hagamos un breve recorrido por ellas para argumentarlo más precisamente.

Presente *versus* pasado podría sintetizar expresivamente el contenido del debate en el primer plano de contraste: la historia trata del pasado, mientras que la sociología trata del mundo contemporáneo, del presente. A pesar de su fuerza retórica, esta contraposición resulta debilísima ya sea porque, como sostiene Wallerstein en tonos marcadamente anti-rankeanos, «sólo se puede narrar verdaderamente el pasado como *es*, no como *era*» (Wallerstein 1979:15) —y se comprobará más tarde que esto es decisivo para reconstruir el concepto de pasado histórico—, ya sea porque la investigación sociológica, en bloque, se nutre de evidencias sobre acontecimientos que tienen el estatuto de lo pasado, lo que todavía es más acusado cuando su objeto temático es el cambio social.

Algo parecido ocurre con la polémica sobre el criterio de relevancia. La tensión fundamental que aquí se presenta es entre lo singular y lo general, poniendo a la relevancia del acontecimiento como principio de demarcación: La historia se interesa por los acontecimientos, la sociología por lo general, lo genérico, lo repetitivo¹⁰. Ahora bien, esta demarcación es acrítica y anacrónica. Su carácter acrítico radica en que da por sentado una demarcación real en el acontecer social entre lo singular y lo repetitivo sin tomar en consideración el punto de vista que hace posible tal demarcación¹¹. Su carácter anacrónico es evidente ya que es operativa para dar cuenta de la historiografía y la sociología del siglo pasado, pero es impotente frente a las características de ambas disciplinas en la actualidad¹²: ni la historia sigue siendo la narración de los grandes acontecimientos político-militares protagonizados por individualidades singulares del pasado, ni la sociología se desentiende de, o clude, el carácter episódico del acontecer social.

Por último, la diferenciación en términos de técnicas de indagación también ha acabado por mostrarse endeble con el paso del tiempo. A pesar de que se sigue aduciendo este rasgo como principio de diferenciación¹³, la realidad es que el desarrollo de las distintas ciencias sociales ha supuesto la utilización universal de técnicas de investigación que, surgidas inicialmente en

específicos campos disciplinares, han rebasado esos límites y son actualmente instrumentos de indagación de historiadores, sociólogos, antropólogos, demógrafos, economistas, etc.

El carácter tenue e históricamente inestable de todos estos principios de demarcación podría inducirnos a pesar que perseguimos un fantasma del pasado y que la distinción carece ya de actualidad. Esto se puede plantear en términos más radicales o más comedidos. En términos más radicales se plasma en la tesis de que lo que hay es la ciencia social y que no existe característica distintiva alguna que separe la indagación histórica de la sociología: es la tesis que, como se vio anteriormente, avanzan Abrams y Giddens. En términos más comedidos se hace explícito cuando, como también se comprobó anteriormente, se asegura que las diferencias son de matiz, grado, énfasis, división amigable del trabajo en el seno de una empresa común o sintetizables en esa empresa a medio camino que es la sociología histórica.

Considero que la tesis radical es simplemente voluntarista y que, en razón de su argumentación a favor de una renovación historizante de la sociología, hace oídos sordos a las diferencias persistentes que, como he intentado mostrar en otro lugar (Ramos 1993), hacen problemático y, desde luego, diversificado el proyecto de la sociología histórica. Creo, pues, que las diferencias persisten y que, aunque no sean abismales ni concuerden con su retrato tradicional, han de ser tomadas en consideración y teorizadas. Me aproximo más, por ello, a aquéllos que optan por la tesis comedida, aunque, como se comprobará, los argumentos que presento sean distintos.

Paso, pues, a desarrollar la hipótesis antes adelantada: narración y tiempo constituyen los principios diferenciadores fundamentales de ambas disciplinas. Voy a exponer inicialmente en qué sentido la historia es narrativa, explorando las implicaciones de una tesis así, para pasar después a reconstruir el tiempo en que se estructura la narración histórica.

La historia como narración

estacar el carácter narrativo de la historia es derivar a un viejo tópico que no era especialmente conflictivo en las reflexiones sobre su oficio de los his-

toriadores del XIX. Como reflexionaba Thierry, «se ha dicho que el objetivo del historiador era contar, no probar; no sé, pero estoy seguro de que en la historia el mejor género de prueba, el más capaz de afectar y convencer a los espíritus, el género que permite un mínimo de desconfianza y de duda es la narración completa» (A. Thierry, citado en Le Goff 1991: 37). He aquí el tema presentado descarnadamente: la narración completa que tiene la fuerza retórica de convencer por medio de la pura presentación de los hechos; se trata de una narración que, asegurándose en la competencia técnica del historiador, supone la apropiación poética de un material (los hechos del pasado) y la re-presentación retóricamente eficaz de ese acontecer pasado; un contar que es un probar.

Es lógico que cuando el oficio se convierte en profesión académica que se legitima en términos de saber científico, lo que podía resultar apromblemático al historiador del XIX le resulte problemático al de nuestra época. Y así, las posiciones frente a la narración se diversifican y donde algunos siguen viendo las señas de identidad del propio saber, otros encuentran los signos de un pasado definitivamente superado, el obstáculo o el estigma que hay que salvar o, como dice De Certeau (1987: 93), «una parte tenida por vergonzosa e ilegítima —una oscura mitad que la disciplina niega». Como muestra se pueden presentar las posiciones de dos historiadores señeros de nuestros tiempos: Le Goff y Veyne¹⁴.

Le Goff, comentando el texto de Thierry, asegura que «toda concepción de la historia que la identifique con el relato me parece inaceptable», argumenta que la narración es un elemento retórico subordinado («de orden pedagógico») del saber histórico y concluye advirtiéndolo que ese «reconocimiento de una retórica indispensable de la historia no debe llevar a la negación del carácter científico de la misma» (Le Goff 1991: 37-8). Queda clara la tensión que organiza la reflexión de Le Goff: narración versus ciencia.

Veyne plantea tesis diametralmente distintas, pero en el marco de un consenso estratégico. Y así, asegura que «la H.³ sigue siendo fundamentalmente un relato y lo que denominamos explicación no es más que la forma en que se organiza el relato en una trama comprensible» (Veyne 1984: 67). Esta propuesta es aclarada mostrando nítidamente sus implicaciones, concluyendo, con ánimo claramente provocador,

que «la H.³ no es una ciencia y su forma de explicar consiste en “hacer comprensible”, en relatar cómo han sucedido las cosas; el relato no es sustancialmente distinto de lo que viene haciendo, cada mañana o cada tarde, nuestro diario habitual» (Veyne *ibid.*: 97). No hay, pues, diferencia sustancial alguna entre la historia-narración, la crónica periodística o el relato de ficción. He aquí el consenso que se afirma más allá de las diferencias marcadas a la hora de enjuiciar el valor de la narratividad histórica. Se trata de asumir que si la historia es narración, entonces hay que negarle el estatuto de ciencia. Luego el dilema subyacente es el mismo que informaba las reflexiones de Le Goff: o historia científica o historia narrativa.

Es así como parecen estar planteadas las cosas entre los historiadores que siguen asumiendo el desgastado fardo decimonónico del dilema H.³-ciencia versus H.³-arte, hijo preclaro del sueño referencial-analítico que domina a la ciencia social. ¿Hay que seguir cargándolo? Creo que no. A lo que nos enfrentamos no es a un dilema autodestructivo, sino a un problema que en realidad afecta a todo discurso y no sólo en el ámbito de las llamadas ciencias «blandas». Es el problema que plantea el hecho de que la ciencia sea **también** una escritura y que esta característica haya de ser tomada en consideración a la hora de evaluar los conocimientos que nos brinda (Locke 1992). Es evidente que esto no significa que sea tan sólo una escritura o que el análisis textual, encerrado en sí mismo, sea un instrumento suficiente para evaluarla. Se trata, pues, de apostar por una aproximación textual «moderada», concebida como forma de análisis que puede desvelar **aspectos significativos** de esa construcción humana que es el conocimiento científico.

Abordemos el problema en el marco que nos interesa, el de las relaciones historia/sociología. La hipótesis de que parto es que ambas pueden ser analizadas como estrategias textuales y que en el modo en que se han ido concretando alcanzan significativas diferencias. Más en concreto, la hipótesis es que la estrategia textual de la historia es irrenunciablemente narrativa, mientras que la adoptada por la sociología es de orden analítico. Habrá que ver, pues, qué significa una estrategia textual y cuáles son las diferencias entre las estrategias narrativas y analíticas en el campo de las ciencias sociales.

A resultas de una cierta paranoia legitimadora, no ha sido muy frecuente analizar los discursos de las ciencias sociales como textos. Parece como si fuera degradarlos al estatuto precientífico de literaturas adornadas con verbosidad científica¹⁵. Sin embargo, como todo discurso científico puede ser analizado así¹⁶, no existe razón para que queden exentas las ciencias sociales. Ya hemos comprobado que, en el caso de la historia, desde el siglo pasado se tomó en consideración su carácter de texto narrativo, aunque alcanzando conclusiones más bien problemáticas. En el caso de otras ciencias sociales ese tipo de aproximación es más reciente¹⁷, siendo especialmente rara en el de la sociología¹⁸. Veamos qué supone seguir esta vía.

Es evidente que el texto es un hecho de comunicación que media entre un autor y sus posibles lectores en razón de un algo de lo que se quiere dar cuenta. El texto cumple esas funciones comunicativas y referenciales, pero como texto en sí ha de ser tenido como el resultado de la apropiación-construcción lingüística (re-presentación) de un mundo, que ha de ser interpretada por sus lectores, y de una estrategia retórica que intenta persuadir sobre esa re-presentación. La apropiación-construcción sólo se puede justificar por medio de una poética; la interpretación, por medio de una hermenéutica; la estrategia persuasiva, por medio de una retórica. Encontraremos entonces que un texto —todo texto, incluso el más formalizado de un físico— supone una poética, una hermenéutica y una retórica. El que pueda ser analizado así no deslegitima cualesquiera otras pretensiones que lo puedan informar: también la ciencia ha de decirse, interpretarse y ser persuasiva para poder ser ciencia (con su poética, hermenéutica y retórica características).

Vayamos a la historia. En sus distintos trabajos, White¹⁹ ha propuesto que lo que separa a la historia de la simple crónica de acontecimientos es que la primera es una narración que se organiza por medio de una trama. La narración se presenta humildemente como el espejo fiel de la realidad (la narración completa de que hablaba Thierry) que no pone nada, sino un contar que puede ser más o menos hábil y atractivo. Pero en realidad, es un acto complejo de apropiación lingüística de la realidad que, lejos de ser pasiva, supone justamente la creación de un mundo significativo y comprensible²⁰. Para hacerle justicia hay que tomar en consideración la poética que la constituye²¹, la hermenéutica que la recibe²² y

la retórica que, por medio del simple relatar, consigue ese efecto de realidad que la hace persuasiva²³. Poética, hermenéutica y retórica se encarnan en la trama que hace posible el relato. Dar cuenta de la narración se convierte, por lo tanto, en la tarea de dar cuenta de la trama como construcción poética, aplicación hermenéutica y acción retórica, a la vez.

Sintetizando las indicaciones de White (1987: 7-11; 1985: 58-100), Ankersmit (1983) y Ricoeur (1983: 85-129), propongo que la trama cumple una triple tarea de configuración: engarza, aúna y alegoriza el acontecer, haciéndolo así significativo, comprensible y persuasivo. Paso a aclarar los términos de esta propuesta.

El engarce supone una conexión de escenarios, personajes (individuales y/o colectivos) y acontecimientos y/o procesos que permite que la historia contada se vaya deslizando y se haga seguible²⁴. Lo uno tras lo otro se convierte así, imperceptiblemente, en lo uno por lo otro: un complejo heterogéneo queda fácticamente entrelazado. Por otro lado, al aunar, la trama convierte el complejo heterogéneo engarzado en una historia: una totalidad dinámica que tiene un comienzo, que se desarrolla y que acaba concluyendo²⁵. No estamos ante una enumeración de casos dispersos, aunque entrelazados, una pura enrucijada de sendas dispares, sino ante el desarrollo de un acontecer que configura una historia. Por último, la trama alegoriza, muestra la historia como el caso o la ejemplificación de un tipo de historia arquetípica disponible en el acervo cultural en el que autor y sus posibles lectores participan. Esto hace que la historia no sólo sea significativa y comprensible porque unos acontecimientos se precipiten los unos en los otros (engarce), o porque todos constituyan miembros de una historia única (unificación), sino también porque se muestra como un caso de destino humano culturalmente significativo, un ejemplo de la vigencia de los géneros arquetípicos de historias con las que asignamos sentido a la experiencia cotidiana y que son vivos y operativos en la cultura en la que estamos instalados²⁶. De ahí que el concepto clave sea el de alegoría: un contador algo para contar alguna otra cosa (White 1990: 45).

La estructuración de la narración por un trama que engarza, aúna y alegoriza hace comprensibles los efectos retóricos de una historia narrada, su efecto de realidad. No estamos, como algunos se apresuran a sostener, ante un caso de

explicación encubierta y de mala fe (Abrams 1982: 308; Skoepol y Somers 1980: 193), sino ante la re-presentación de un mundo que sólo se puede construir de esa manera, porque sólo así se puede dar cuenta de —es decir, constituir lingüísticamente— la experiencia temporal humana, el mundo como acontecer y devenir²⁷.

Así pues, la historia narra, está abocada a la narración en este sentido estricto, aunque la suya sea una narración con especiales pretensiones y no se pueda reducir su entero discurso a la narración. Narración especial porque, como destaca Ricoeur en la estela de las declaraciones típicas de los historiadores²⁸, la historia tiene la pretensión de referirse a un mundo histórico real y pretende asegurar, utilizando una metodología exigente, los fundamentos documentales de sus narraciones. Narraciones que no lo domina todo, porque la narración puede verse interrumpida por el comentario (que hace explícita la significación de lo contado o muestra un esquema formal de explicación) y porque además, con niveles distintos de conciencia reflexiva, la historia es ciencia aplicada²⁹, es decir, utiliza conceptualizaciones, modelos o teorías para dar cuenta de (nombrar, ordenar, relacionar) el material al que se enfrenta, sin que por ello tenga que romper con el marco narrativo.

Si el historiador construye típicamente textos narrativos, el sociólogo ha tendido, por el contrario, a construir textos analíticos. No quiero decir con esto que el primero no sea sino un literato, mientras que el segundo se sitúa más allá de la literatura. Ambos son constructores de textos y, por lo tanto, sus trabajos también pueden ser analizados poética, hermeneútica y retóricamente. La presencia de tropos decisivos en la construcción del conocimiento sociológico es tan evidente que apenas merece ser reseñada³⁰. En realidad, la historia de la sociología podría reconstruirse como la de la lucha y sucesión de tropos decisivos. Pero dejando a un lado algo tan obvio, lo que parece innegable es que gran parte de la fuerza persuasiva de la sociología proviene de la arquitectura analítica de sus textos.

¿Y en qué consiste? Tómese como punto de referencia el texto más influyente en la institucionalización de la sociología: *Le Suicide* [1897] de E. Durkheim³¹. Su fuerza proviene de la compleja articulación de la evidencia empírica y la construcción teórica en el marco de una arquitectura textual analítica que se despliega así:

1. Se estudia el fenómeno del suicidio como signo de algo escondido pero más significativo: la patología social.
2. La conducta suicida no interesa en sí misma (modos de suicidarse, auto-interpretaciones de los suicidas, etc.), sino que se atiende a los aspectos o marcas sociales de los suicidas: su religión, estado civil, género, profesión, etc.
3. La variada fenomenología suicida es reconducida, por abstracción, a cuatro tipos sociológicamente significativos: anomia, fatalismo, egoísmo, altruismo.
4. La significación sociológica de esos tipos radica en que se relacionan con dos variables estratégicas del orden social: la regulación y la integración sociales.
5. Son las patologías de la regulación e integración sociales las que explican la emergencia de los distintos tipos de suicidio y consecuentemente las variaciones en las tasas sociales del suicidio.

Un texto así se diferencia de un texto narrativo en que su principio de construcción lo proporciona el análisis, es decir, la descomposición de un complejo fenoménico en aspectos progresivamente abstractos hasta dar con un principio teórico de explicación en el que los hechos se subsuman. No se trata de una trama que —engarzando, aunando y alegorizando— asigne sentido y haga comprensible en su desarrollo el acontecer. Es más, lo mismo que la narración queda quebrada cuando el comentario analítico aparece, el texto analítico ha de prescindir de la narración para lograr su efecto retórico de persuasión. No persuade porque el contar sea ya probar, sino porque los hechos quedan enmarcados en un esquema abstracto y eventualmente universalizable de tipo explicativo. Si en la narración se va del acontecimiento al acontecimiento por medio de una trama, en el texto analítico se va del hecho o conjunto de hechos a sus aspectos analíticos decisivos, hasta alcanzar el modelo teórico, momento en el cual se puede volver al punto de partida.

Concluyo subrayando que las estrategias discursivas o, más específicamente, textuales de la historia y la sociología se han construido típicamente de manera distinta. Esto hace que resulte difícil su mutuo acomodo. Como he intentado mostrar en otro trabajo (Ramos 1993), cuando los sociólogos históricos pretenden sin-

tetizar historia y sociología se encuentran —sean o no conscientes de ello— con que tal síntesis es profundamente elusiva, genera serios problemas y, al final, hay que optar preferentemente por uno de los polos que se intentaba sintetizar. Surgirá así —si dejamos de lado la comparación, que es otro de los elementos discursivos que la sociología histórica incorpora— una sociología histórica más narrativa frente a otra de orientación más analítica. La razón no se encuentra tan sólo en la mayor o menor presencia de lo teórico o lo empírico, sino en el contraste entre dos vías textuales de representar el mundo social que, siendo esquivas a una perfecta integración, son ambas imprescindibles en el campo de los estudios sobre el cambio social.

Tiempo de la historia

Así ahora a analizar lo que antes he propuesto como el otro plano de diferenciación, el tiempo. Se trata, como se comprobará, de un plano que, de alguna manera, no es totalmente independiente del anterior, sino que surge en los intersticios de las diferentes estrategias textuales.

El tradicional matrimonio de la historia con el tiempo ha sido alegado en las disputas interiores a las ciencias sociales. Y ha sido alegado como prueba inequívoca de su diferencia y de la superioridad de alguna de ellas. Por recurrir a textos paradigmáticos, se pueden utilizar escritos tan enfrentados como algunos de Braudel y Lévi-Strauss.

Aunque Braudel no apueste por una abismal separación entre las ciencias sociales, presenta al tiempo como un criterio básico de demarcación. En uno de esos textos tan ricamente literarios que califican su estilo de pensamiento, reflexiona que hay que «admitir que las ciencias sociales, por gusto, por instinto profundo y quizá por formación, tienen siempre tendencia a prescindir de la explicación histórica; se evaden de ello mediante dos procedimientos casi opuestos: el uno “sucesualiza” o, si se quiere, “actualiza” en exceso los estudios sociales, mediante una sociología empírica que desdeña todo tipo de historia y que se limita a los datos del tiempo corto y del trabajo de campo; el otro rebasa simplemente el tiempo, imaginando en el término de una “ciencia de la comunicación”

una formulación matemática de estructuras casi intemporales» (Braudel 1980: 76-7). Braudel diagnóstica, pues, lo que, a su entender, es la huida de la historia realizada por la sociología y la etnología y que no es sino huida del tiempo o limitación de su relevancia. De aquí que diga que el tiempo de los sociólogos no «es el nuestro: es mucho menos imperativo, menos concreto también, y no se encuentra nunca en el corazón de sus problemas y de sus reflexiones» (*ibid.*: 97). La pregunta que surge, lógicamente, es cuál es ese tiempo de la historia. Antes de entrar en su contestación, atendamos a los argumentos de Lévi-Strauss al que es clara la referencia en el texto transcrito de Braudel.

En su famosa polémica con Sartre, Lévi-Strauss (1972: cap. IX) también concibe la relación entre las ciencias sociales en razón de sus relaciones con el tiempo. La historia temporaliza; la etnología espacializa. ¿Hay razón para asignar algún privilegio cognitivo o moral a la temporalización histórica? Lévi-Strauss contesta negativamente: el tiempo de la historia no es sino un código que «no puede consistir más que en clases de fechas, [...] por lo que se ve claramente el carácter discontinuo y clasificatorio del conocimiento histórico» (*ibid.*: 376-7). La historia construye códigos que reconstruyen la temporalidad destemporalizándola y le generan dilemas difíciles de solucionar. Carece consecuentemente de títulos que avalen su pretensión de ciencia paradigmática de lo humano, por lo que el etnólogo concluye, vencedor, que hay que «recusar la equivalencia entre la noción de historia y la de humanidad, que se nos pretende imponer con el fin inconfesado de hacer de la historicidad el último refugio de un humanismo trascendental» (*ibid.*: 1972: 380). La batalla no sólo es dura, sino, como se puede comprobar, trascendental.

Si he sido prolijo en la presentación de estas dos posturas es para mostrar la centralidad del tema del tiempo en toda discusión sobre la historia y las otras ciencias sociales y para que se perciba la radical ambigüedad con la que se presenta ese tiempo reivindicado por Braudel o «deconstruido» al modo de Lévi-Strauss. queda claro que se alegan pros y contras en relación al tiempo, pero ¿de qué tiempo se habla?, ¿cuál es ese decisivo o falso tiempo de la historia? Es esto lo que hay que aclarar.

Lo que Braudel propone no es sino una variante más conceptualizada de un tópico que ya

estaba claramente enunciado en Bloch (1982: 26-7), quien proponía que la historia era ciencia de «los hombres en el tiempo» y concebía ese tiempo como un «un continuo» y, a la vez, un «cambio continuo». Siendo lo uno y lo otro, ha de ser, por un lado, cronología universal y, por el otro, cruce de duraciones diversas. Y así, Braudel, frente a la sociología temporalizada de Gurvitch, reclama «el tiempo imperioso del mundo» (Braudel 1980: 99) y, frente a la obsoleta historiografía decimonónica del acontecimiento singular, el entrecruce de las distintas duraciones, de los tres tiempos de la historia: el superficial de los acontecimientos, el más largo de los procesos cíclicos y el tiempo inmóvil de las estructuras³². Por su parte, las propuestas de Lévi-Strauss —algo más gaseosas o «salvajes»— no pasan de identificar el tiempo de la historia con la cronología o la periodificación, con lo que se queda en la epidermis más visible de la historia, eso sí, sometida a análisis más bien oscuros³³. No parece, pues, que el tiempo (reivindicado o criticado) de la historia reciba un tratamiento interesante. Es más, si utilizamos literatura más reciente y más sociológica en la que, para romper el supuesto monopolio temporal de la historia, se reivindica su específico tiempo para los estudios sociológicos, lo que encontramos tampoco resulta muy clarificador: el tiempo histórico o histórico-sociológico no es de nuevo sino la cronología, la ordenación secuencial, la duración, la periodificación, el ritmo, etc.³⁴.

Habría que ir más allá y aclarar explícitamente qué se propone cuando se habla de tiempo de la historia. Mi propuesta es que se trata del tiempo intrínseco a la narración y que ese tiempo se muestra de dos maneras: como tiempo del relato y como pasado historiográfico.

Para dar cuenta del primero me apoyo en los análisis de Danto (1965: 143-81). Siguiendo las orientaciones propias de la filosofía analítica, Danto encuentra la clave del discurso histórico en su elemento atómico irreductible, la frase narrativa. Analizándola, muestra que tiene una intrincada arquitectura temporal. Tómese como ejemplo una frase narrativa tan aparentemente anodina como «la guerra de los 30 años comenzó en 1618» (Danto 1965: 152). Está claro que en ella se describe un acontecimiento (el comienzo de una guerra) a partir de otro acontecimiento posterior (la finalización de esa guerra 30 años después) y que, por lo tanto, se sitúa

estrictamente en su futuro. Profundizando en su estructura temporal, es posible, como comenta Ricoeur (1983: 206), descubrir la presencia de «tres posiciones temporales [...]»: la del acontecimiento descrito, la del acontecimiento en función del cual se describe el primero, la del narrador». Las dos primeras forman parte del tiempo de lo narrado (o de lo enunciado), mientras que la tercera designa el tiempo de la narración (o de la enunciación).

El resultado a que llegamos es que la narración, ya a partir de su elemento mínimo (la frase narrativa), se estructura por medio de una temporalidad compleja, que realiza la síntesis de tres tiempos distintos que se pueden conceptuar tanto en términos de la serie temporal A, como en términos de la serie B³⁵. Si, por otra parte, una narración no es la simple suma de frases narrativas, sino un discurso que las engloba y sintetiza, entonces podremos concluir que se halla estructurada por un tiempo de síntesis en el que el pasado es descrito y reconstruido, no sólo a partir de un presente que difiere de él (aquél en el que se sitúa el historiador), sino además a partir de sus distintos futuros pasados gracias a los cuales el acontecer logra su plataforma de descripción (principio de relevancia).

El tiempo de la historia no es, pues, cronología, periodificación o secuencialización más que de forma epidérmica y, por lo tanto, en su superficie vistosa. La cronología, la periodificación y la secuencialización son sólo los marcos externos en los que se ubica y entreteje una temporalidad sintética que une tiempos (de las series A y B) desde la perspectiva de una trama que hace describible el acontecer, le asigna sentido y le proporciona inteligibilidad. El tiempo de la historia es, en definitiva, un tiempo narrado.

Lo mismo ocurre con su territorio temporal paradigmático, el pasado. Se podría enunciar esto con una frase aparentemente tautológica: el pasado de la historia es el pasado histórico (o más exactamente historiográfico). La propuesta no resulta tautológica porque anuncia que el pasado recibe una específica reconstrucción al convertirse en histórico, es decir, al ser construido por los historiadores. Para dar cuenta de esto es preciso entrar en el análisis de las iteraciones temporales.

Sigo en este punto las indicaciones de Luhmann (1976) que, partiendo de los análisis de S. Agustín en el libro XI de las **Confesiones**, pro-

pone no sólo dar cuenta del tiempo en razón de las diferencias entre pasado, presente y futuro, sino también incorporar las posibles combinaciones (iteraciones o recurrencias) de esos términos entre sí. Podemos así —aunque la mente se resista inicialmente a seguirnos— distinguir³⁶ un Presente de un Presente pasado o un Presente futuro y proyectar estas combinaciones —sin más límite que su utilidad analítica— sobre el Futuro o el Pasado.

Situémonos ante el problema del pasado como objeto de indagación y posterior narración por parte del historiador. Como objeto de indagación es un Pasado presente, es decir, un conjunto de acontecimientos ya sidos (pasado) que han dejado trazas en el presente. Sólo bajo esta condición es conocible el pasado: a partir de sus trazas, huellas o vestigios en forma de documentos, monumentos o relatos de historiadores anteriores que han perdurado hasta la actualidad. Del resto del pasado nada podemos decir o nada legitimado historiográficamente. Pero a diferencia del pasado de la indagación, el pasado del que el relato habla habrá que conceptuarlo como Presente pasado, es decir, como reconstrucción de un mundo tal como fue cuando constituía una posible experiencia presente. A esto se aproxima la idea historiográfica romántica de resucitar o revivir³⁷ el pasado como cometido propio del historiador. Digo que se aproxima, pero no que se identifique. Lo que propongo es que el relato, explícitamente, ha de seguir la flecha o dirección normal del tiempo y que, en cuanto que lo hace, reconstruye el pasado como una secuencia de presentes que van desembocando, por engarce, los unos en los otros, aun cuando esos presentes rebasen la conciencia de los contemporáneos. En esto radica la conversión, por medio del relato, del pasado histórico en una serie potencialmente ininterrumpida de Presentes pasados que llegarían hasta el Presente presente en el que relatamos.

Si se atiende cabalmente a este argumento, entonces se podrá comprender la síntesis conceptual que el pasado histórico trae consigo. Resultado de la síntesis de pasado investigado y pasado narrado, es también una síntesis de Pasado presente y Presentes pasados. Dicho también en otro lenguaje, lo que la historia opera es la síntesis de una doble experiencia temporal en relación al pasado: la experiencia retrospectiva, que informa su indagación a partir de trazas presentes, y la experiencia prospec-

tiva, que informa su reconstrucción en forma de un relato. Esto hace posible, por lo demás, fundamentar la compleja arquitectura temporal de la frase narrativa. En efecto, ésta —por detrás de sus aparentes anacronismos— no hace sino fijar el relato prospectivo en razón del conocimiento retrospectivo de que parte el historiador. Así se abre la posibilidad de describir en términos de sus futuros —el sentido de un final de que habla Kermode (1983)— los acontecimientos pasados.

Si se ha reconstruido lo que propiamente denominamos tiempo de la historia, habrá que reconducir el tema al tiempo de la sociología. Hay una evidencia de partida: se ha repetido en múltiples ocasiones que la sociología se ha desarrollado de espaldas al tiempo³⁸. Esto es esencialmente cierto, aunque no se pueda mantener que retrate cabalmente su situación actual. ¿Pero qué se quiere decir cuando se habla del olvido sociológico del tiempo y, sobre todo, qué tiene que ver con el tiempo narrado o el pasado histórico tal como se acaban de formular?

Ciertamente, por olvido sociológico del tiempo se ha de entender que los sociólogos no han tendido típicamente a tomar en consideración el tiempo, ya sea como objeto de investigación, ya como característica sobresaliente de los fenómenos (acciones, interacciones, organizaciones, sistemas, etc.) a los que dedican su atención. Pero se ha de entender también algo más. Me refiero al hecho de que la tensión epistémica (esa pretensión originaria de ser una **fisiología** o una **física** social) de la sociología y la arquitectura preferentemente analítica de sus textos han llevado consecuentemente a una atemporalización de su universo discursivo³⁹. Si lo que se ha pretendido es llegar a fijar leyes o, más modestamente, modelos explicativos, entonces es lógico que las coordenadas temporales de los fenómenos estudiados carezcan de relevancia y se tenga la pretensión de enunciar regularidades invariantes en relación al tiempo (como los físicos o los científicos «duros» han pretendido hacer).

A esto se une una generalizada perspectiva metodológica —surgida de manera especialmente marcada en el seno de dos de las tradiciones más relevantes de la sociología (las que provienen de Marx y Durkheim)— que desconfía de la significación inmediata de los fenómenos y no acuerda privilegio alguno a las presencias. Me refiero a esa metodología de la sospecha⁴⁰ que supone que la significación del

humano actuar es opaca para sus mismos protagonistas y que, por lo tanto, no alcanzaríamos ventaja cognitiva alguna reconstruyendo el acontecer pasado tal como fue y resultó vivido. En razón de esto, se desconfía adicionalmente de la narración y se ponen en entredicho las características propias de ese pasado histórico que anteriormente hemos analizado.

Surge así, como alternativa, la idea de otro pasado: un pasado «sociológico» radicalmente retrospectivo que no precisa recomponerse en forma de una narración prospectiva. Se trata, por decirlo de manera rotunda, del pasado que nunca existió: el que era invisible para los protagonistas, el que sólo es significativo desde el punto de vista de un análisis teóricamente informado. Planteado desde esta perspectiva, el discurso sociológico (y aquellos discursos históricos que más se acercan a él) no rompe con el tiempo, no prescinde del pasado, pero construye un concepto específico de pasado que difiere del que ha marcado típicamente el saber del historiador.

Así pues, dinamizada por esta tensión entre las tendencias a la atemporalización y la construcción de una noción propia de pasado, la sociología se ha visto enfrentada a la temporalidad propia de la historia. De ese enfrentamiento han surgido mutuos reproches en contra de la insensibilidad temporal de los sociólogos o en contra de la ingenuidad que domina esa afición por lo episódico característica del historiador. De la mano de este plano de enfrentamiento —ligado, como hemos visto, a la tensión entre discurso narrativo y discurso analítico— se han multiplicado los ámbitos de polémica que, coyunturalmente, se materializan en aspectos que tienen que ver con el criterio de relevancia o con las técnicas características de indagación. Se trata, en cualquier caso, de problemas menores que fluyen de esa diferencia mayor analizada: la que se relaciona con la estrategia textual y el tiempo.

Cabos sueltos

ería apresurado acabar este trabajo en forma de conclusiones. En realidad, se ha procedido a una primera aproximación al problema que deja muchos cabos sueltos. Quisiera mostrar dos de ellos.

La contraposición textual narración vs análisis ha dominado la trayectoria de malentendidos entre la historia y la sociología. Esta contraposición no era especialmente dramática mientras fuera sostenible el sueño del discurso científico como apropiación referencial-analítica del mundo. En efecto, en ese contexto la narración podía ser pensada como puro espejo referencial, en el que el observador-historiador sólo ponía su probidad archivística (contaba lo que decían los documentos), y el análisis podía ser concebido como un momento teórico de orden más elevado en el que se reducía la variada fenomenología del mundo a sus leyes racionales. Esta armonía onírica se quebró cuando se puso en duda la pureza de los dos momentos del conocimiento y resultó problemática la línea que los separaba. A partir de entonces, sociología e historia cayeron en una inseguridad que hizo crispadas sus relaciones: el sueño se convirtió en pesadilla.

Es aquí donde surge un primer cabo suelto. Si no está claro que el lenguaje referencial sea un espejo del mundo y tampoco resulta claro qué estatuto de conocimiento tenga el discurso teórico-analítico; si además no quedan claros cuáles sean los límites de demarcación de lo referencial y lo analítico; entonces la existencia en paralelo de una historia narrativa y una sociología analítica se hace problemática. Ante la inseguridad vivida, la reacción más fructífera ha consistido en buscar refugio en la casa del contrario, poniendo en marcha una historia más sociológica y una sociología más histórica. Surge así un primer cabo suelto en cuyo seguimiento habría de indagar cómo ha ocurrido ese doble proceso del que han surgido la historia social de los **annalistas** y la actual sociología histórica preferentemente anglosajona.

Un segundo cabo suelto se habría de conectar con el anterior. En la línea de la aproximación de este trabajo, precisamos dar pasos adicionales en un proceso reflexivo que nos aclare cuáles son las características de los dos discursos que han centrado su atención: el discurso narrativo y el discurso analítico. ¿Qué supone narrar? ¿Qué supone explicar? ¿Qué relaciones se anudan entre ambas estrategias discursivas? Estos interrogantes sólo empezarán a ser despejados cuando de la problemática unilateralmente epistemológica del conocimiento se pase a construir una más amplia y ecuménica en la que se considere que los textos en los que el

saber se materializa han de ser contruidos; una vez contruidos, han de ser interpretados; y, al ser interpretados, actúan sobre un mundo del que dicen dar cuenta, pero al que también conforman. La aislada torre de marfil de la epistemología tiene, pues, que reconstruirse en forma de una ciudad compleja en la que coexista su reina destronada, la Epistemología, con otros ciudadanos de carácter más civil: la Poética, la Hermeneútica y la Retórica. Sólo a partir de este diálogo llegaremos a aclararnos sobre cómo argumentamos y en razón de qué criterios distinguimos la ciencia de otros saberes más mundanos. El crispado, pero, al fin y al cabo, fructífero, debate de la sociología y la historia necesita este marco de referencia.

NOTAS

¹ El debate aparece en vol. 45, n.º 1, del *British Journal of Sociology* de 1994, con contribuciones de Bryant, Hart, Mouzelis, Mann y una réplica de Goldthorpe. El punto de arranque se encuentra en GOLDTHORPE (1991).

² Sobre la multiplicidad de escuelas historiográficas se pueden consultar el trabajo clásico de COLLINGWOOD (1982) y los más recientes y de orientaciones encontradas de LE GOFF (1991), FONTANA (1982), JULIÁ (1989) y BOURDÉ y MARTIN (1992).

³ En este sentido, las tesis de VEYNE (1984: 180-197) son rotundas: la sociología o es historia camuflada o es una vaga filosofía de la historia o no es nada (todo lo más una verborrea inconsistente); como disciplina académica carece, pues, de legitimidad sustancial; ha de ser sustituida por una historia integral que prescinda de los absurdos límites tradicionales que la ligan a la continuidad del tiempo (una época) y el espacio (un país o un área). Escrito con el brillo y rotundidad de todo buen productor de escándalos intelectuales parisiños, el libro de Veyne —por lo demás lleno de ideas fecundas— resuelve con facilidad el debate: funerales sociológicos y apoteosis de la historia.

⁴ Y así, ABRAMS (1982: x-xiv) propone con rotundidad la tesis de la indistinción: «Según concibo la sociología y la historia, no puede haber relaciones entre ellas porque, en los términos de sus fundamentales preocupaciones, la historia y la sociología son y han sido siempre la misma cosa». Y aduce como argumentos básicos que las dos tratan el mismo problema básico (la paradoja de la «agencia» [*agency*] humana) y deben abordarlo de la misma manera (coincidiendo la realidad social como proceso y apostando por la teoría de la estructuración). En razón de esto concibe de una manera expansiva y peculiar el ámbito y papel de esa sociología histórica por la que apuesta: «la sociología histórica no es un tipo especial de sociología, sino la esencia de la disciplina» (ABRAMS, 1982: 2), tema sobre el que volveremos más tarde. De la posición de Abrams se encuentra muy próximo GIDDENS (1984: 355 ss.).

⁵ Y así, aunque GOLDTHORPE (1991 y 1994) no concibe un abismo entre las dos ciencias sociales e inicialmente apuesta por separarlas en términos de énfasis, en su polé-

mica con los sociólogos históricos se apoya en un criterio de distinción radical en razón de sus fuentes y técnicas de investigación: los historiadores están limitados a las trazas del pasado, mientras los sociólogos pueden producir nueva evidencia; esto hace que las preguntas genuinamente sociológicas no se puedan alargar hacia la historia.

⁶ BOUDON (1981: cap. 2) propone que la sociología y la historia tratan de lo mismo (lo singular) pero de maneras diferentes, pues mientras la historia explica o induce lo singular a partir de lo singular, la sociología lo explica a partir de lo general o de modelos. Sus relaciones son «de concurrencia y de complementariedad» (*ibid.*: 62).

⁷ Hegel ya destacaba que «la palabra historia reúne en nuestra lengua el sentido objetivo y el subjetivo: significa tanto *historiam rerum gestarum* como las *res gestas* mismas, tanto la narración histórica como los hechos y acontecimientos. Debemos considerar esta unión de ambas acepciones como algo más que una casualidad externa; significa que la narración histórica aparece simultáneamente con los hechos y acontecimientos propiamente históricos. Un íntimo fundamento común las hace brotar juntas» (HEGEL, 1980: 137). En WHITE (1987: 81 ss) se puede encontrar una reconstrucción muy completa del concepto de historia y saber histórico en Hegel.

⁸ Es relevante atender en este contexto a la etimología del término. En griego *historie* viene de *histor* (raíz indoeuropea *Fid-* que denota «ver» y «saber») que significa testigo (el que sabe porque ha visto). Historiar es un testificar que se convierte en un investigar para llegar a la fijación exacta y verídica de lo acaecido. Sobre el tema se pueden consultar LLEDÓ (1978: 92-101) y LOZANO (1987: cap. 1).

⁹ Digo que eventual porque, en una tradición que arranca de Aristóteles, la indagación histórica no sólo versa sobre el acaecer humano, sino que también se identifica con toda investigación empírica basada en la exacta observación de las cosas (así, historia de los animales). Véase LLEDÓ (1978: 98-100).

¹⁰ Se trata del viejo tópico asentado en la sociología académica desde los tiempos de Durkheim (ver RAMOS, 1989 I: 39-40) y que permitía justificar el proyecto de una sociología científica que recogía y explicaba los hechos proporcionados por el «laboratorio» de la historia. La idea, por lo demás, es anterior a Durkheim. Aparece claramente en Spencer: «La mejor tarea que los historiadores pueden realizar es narrar la vida de las naciones de forma que se proporcione materiales a la Sociología Comparada» (SPENCER cit. en GOLDTHORPE 1991: 220).

¹¹ Nada es en sí acontecimiento singular o hecho social en el sentido durkheimiano (general, repetitivo), sino desde el punto de vista de un determinado criterio de relevancia que lo describe así y lo incorpora a una historia o a un análisis sociológico. Como, abundando en otro plano de la argumentación, aduce ELIAS (1982: 21) «hay unicidades e irrepetibilidades de diverso grado, y lo que en el ámbito de un grado es único e irrepetible, puede, visto desde otro grado, parecer repetición y eterno retorno de lo idéntico». Véase la crítica al concepto de hecho histórico como individualidad y singularidad en MARAVALL (1967: 73 ss.) que concluye proponiendo que «lo individual de la historia no está en el dato aislado, sino en la conexión irrepetible en que se da. Lo individual es el conjunto [...] La singularidad de la historia es la singularidad del conjunto» (*ibid.*: 87-7).

¹² En efecto, mientras que la nueva historia se encuentra incómoda frente al acontecimiento —«el tiempo corto, a

medida de los individuos, de la vida cotidiana, de nuestras ilusiones, de nuestras rápidas tomas de conciencia» según lo define literariamente BRAIDOT (1980: 65) «...corrientes relevantes de la sociología lo reivindican. Como muestra, considérese el elogio que ABRAMS (1982: 192-3) realiza del acontecimiento como «el prisma» fundamental que marca el punto de encuentro de las estructuras y los procesos sociales y la advertencia que lo acompaña: «para los sociólogos, la renuncia al acontecimiento como algo más allá del ámbito de su disciplina es en realidad renunciar a su opción fundamental para resolver la problemática que debería interesarles más: la de la estructuración».

¹¹ Tal es la posición de GOLDTHORPE (1991 y 1994). Cfr. nota 5.

¹² La polémica entre historiadores tiene numerosos protagonistas. Véanse, entre otros, STONE (1986: 95-120), que plantea el tema en el marco de las disputas entre historiadores anglo-sajones. Por otro lado, el tema de la narración ha atraído también a los filósofos interesados en el saber histórico. Buenas reconstrucciones de las posiciones adoptadas por éstos aparecen en MARTINS (1992: 216-9), ANKERSMIL (1986 y 1989), LOZANO (1987: 113-71), WHITE (1990: 26-57) y RICOEUR (1983: 203-46).

¹³ Y así, aquellas obras que se aventuran en este tipo de análisis se ven forzadas a asegurar, desde el principio, las buenas intenciones que las animan. Expresión de esta situación es la declaración que aparece en las páginas introductorias del libro de ATKINSON: «La atención a los aspectos "literarios" y "retóricos" de los textos sociológicos no cuestiona en absoluto su credibilidad académica ni su estatus» (ATKINSON, 1990: 1). Declaración que, por muy obvia que resulte, parece que no puede faltar.

¹⁴ Véase el trabajo de COTILLO-PÉREIRA (1993) que resume y discute una amplia literatura de análisis textual de la ciencia. Las hipótesis fundamentales con las que se opera son: a) que los textos no son «meros transmisores de lo real», sino que están implicados en su construcción; b) que esos textos han de ser analizados más en un espacio retórico (que incorpora al colectivo al que van dirigidos) que en uno puramente lógico; c) por último, que ese tipo de análisis no pretende legislar en cuestiones epistemológicas.

¹⁵ Para el campo de la etnografía ver los trabajos de CHILFORD y MARKUS (1986), GÉREZ (1989), la discusión recopilada en REYNOSO (1991) y sobre todo el libro de ATKINSON (1990), que contiene una bibliografía muy completa. En el caso de la economía el texto de referencia es McCLOSKEY (1983). Véase en términos generales los textos recopilados en NELSON, MEGILL y McCLOSKEY (1987) y SIMONNS (1989).

¹⁶ En el campo general de la sociología son destacables los trabajos de BROWN (1989 y 1987). La perspectiva de análisis textual está más arraigada en la variante británica de la sociología de la ciencia continuadora crítica del «programa fuerte» (cfr. MURRAY, 1985).

¹⁷ Especialmente en WHITE (1987: 1-42; 1990: 1-57; 1985: 51-100). Para una evaluación de las propuestas de White, consúltense las favorables de RICOEUR (1983: 228-39), La CAPRA (1983: 72-83), ANKERSMIL (1986) y DAMI (1994) y las negativas de BERMLJO (1987: 217-20) y Le GOFF (1991: 38-9).

¹⁸ Hacer significativo y comprensible algo es tanto como proporcionarle sentido y comprensión. Concibo el sentido en términos muy amplios, próximos a lo que propone HELLER (1982: 65): «dar sentido a algo equivale a insertar los fenómenos, experiencias y demás en nuestro mundo, trans-

formar en conocido lo desconocido, en explicable lo inexplicable y reforzar o alterar el mundo mediante acciones significativas de distinta naturaleza». Por otro lado, entiendo por comprensión lo que destaca Gadamer: un «entenderse uno con otro. Comprensión es, para empezar acuerdo [...] El acuerdo es siempre acuerdo sobre algo. Comprenderse es comprenderse respecto a algo» (GADAMER, 1988: 232-3). No supone, pues, necesariamente empatía, es decir, fusión con las intenciones o la mente del otro, sino sólo la eventualidad de un acuerdo en algo sobre algo. En razón de esto, destaca Gadamer, «implica la posibilidad de interpretar, detectar relaciones, extraer conclusiones en todas las direcciones» (*ibid.*: 326).

¹⁹ Destaca White que «las disputas historiográficas tenderán a orientarse, no sólo hacia el problema de cuáles son los hechos, sino también al de su significado. Pero, por su parte, el significado se construirá en los términos de las posibles modalidades del puro lenguaje natural y específicamente en los términos de las estrategias tropológicas dominantes por medio de las cuales los fenómenos desconocidos y no familiares son provistos de sentido gracias a diferentes tipos de apropiaciones metafóricas» (WHITE, 1985: 72). Esto lleva a analizar las narraciones historiográficas desde la perspectiva de una poética que indaga el papel activo de los tropos lingüísticos fundamentales: la metáfora, la metonimia, la síncdoque y la ironía.

²⁰ La hermenéutica, como arte de la interpretación, supone que el lector o receptor de una obra no es un sujeto pasivo, sino que adopta una posición activa que incluso puede llegar a condicionar la escritura del texto. Cfr. los análisis sobre la fenomenología de la lectura de RICOEUR (1985: 243 ss.).

²¹ En la retórica de la narración se privilegia, en el proceso de la comunicación narrativa, la acción del autor sobre el receptor del texto. Sobre la retórica de la narración véase ATKINSON (1990: 104 ss.) sobre la retórica de la historia MEGILL y McCLOSKEY (1987).

²² Ricoeur destaca que «el entramado [la mise en intrigue] *ensambla* [compose ensemble] *factores* tan *heterogéneos* como agentes, fines, medios, interacciones, circunstancias, resultados no esperados, etc.» y hace que el «y entonces y entonces» se convierta en el «et ainsi de suite» (RICOEUR, 1983: 102, 104). El engarce que resulta no es una suerte de explicación, sino sólo un momento en la comprensión de una historia que puede convertirse en punto de partida para eventuales explicaciones. Su labor es la de ensamblar y hacer seguible la historia. En la tradición anglosajona (cfr. WALSH, 1985: 66 y GRIFFIN, 1992: 417) se ha utilizado el término «coligación» para hacer referencia parcial a este aspecto constructivo de las tramas, aunque en el marco de una problemática básicamente epistemológica.

²³ Son los «motivos inaugurables, transicionales y terminales» que destaca WHITE (1987: 5) para distinguir la simple crónica de la historia propiamente dicha. Por su parte RICOEUR (1983: 103) subraya que el acto de configuración que resulta del entramado narrativo «consiste en "ensamblar" [prendre-ensemble] las acciones de detalle o lo que hemos denominado incidentes de la historia: de esa diversidad de elementos extrae [tire] la unidad de una totalidad temporal», es decir, de una historia.

²⁴ Apoyándose en los análisis de Frye en el campo de la ficción, WHITE (1987: 7-11) propone distinguir cuatro tipos de historias arquetípicas que materializarían la función tipificadora de las tramas: Comedia, Tragedia, Sátira y Novela o Romance (*Romance*). Aplicando esta tipología a las

historiografías del XIX, muestra que Ranke ejemplifica la trama de comedia, Tocqueville la trágica, Burekhardt la satírica y Michelet la novelesca.

²⁷ Esta es la tesis final de la magna investigación de Ricoeur sobre el tiempo y la narración: «la temporalidad no se deja decir en el discurso directo de una fenomenología, sino que requiere la mediación del discurso indirecto de la narración» (RICOEUR, 1985: 349). Dicho de otra manera: para que los humanos den cuenta del tiempo y sus paradojas constitutivas han de narrar, ya sea ficciones, ya historias con pretensión de verdad; la experiencia temporal humana sólo se deja decir narrativamente; prescindir de la narración es prescindir de aquélla, apostar por una ficticia atemporalidad. De aquí que si mi identidad temporal es la historia plausible que puedo contar, la identidad temporal colectiva es la historia del grupo que podemos construir. Cfr. también RÜSEN (1987).

²⁸ Ricoeur objeta en contra las teorías exclusivamente narrativistas que «subsiste una diferencia entre la explicación narrativa y la explicación histórica, y es la investigación misma. Esta diferencia excluye que se considere (...) la historia como una especie del género "story"» (RICOEUR, 1983: 252). Lo cual es coherente con la línea de argumentación aquí desarrollada, ya que el hecho de que la historia sea narración no implica que sea tan sólo eso y que no haya principio de distinción alguno entre la narración histórica y la narración de ficción. También WHITE (1987: 11-29) destaca, al lado de los elementos narrativos ligados a la construcción de tramas, otros de orden distinto (argumento formal e implicación ideológica), cuyo concurso hace posible el saber histórico. Otra cosa es que la relación entre esos elementos deba concebirse al modo de las «homologías estructurales» (*ibid.*: 29) que propone WHITE, variante de armonía pre-establecida que no parece ni convincente ni operativa (BERMEJO, 1987: 219-20). En cualquier caso, y para hacer más perceptible el problema implícito abordado, no queda más remedio que hacer frente a la paradoja propuesta brillantemente por los Goncourt: «la historia es una novela que ha ocurrido» (cit. en ATKINSON, 1990: 35).

²⁹ HABERMAS (1981: 181-232), destacando que las exposiciones históricas «están vinculadas al sistema referencial de las narraciones», subraya que «la historiografía no representa conocimiento teórico alguno, sino que es una forma aplicada de conocimiento teórico» (HABERMAS, 1981: 183, 228). Lo cual abre la posibilidad de aplicación de conceptos e hipótesis sociológicos en el desarrollo de la narración histórica, ya que «el historiador no abandona el sistema narrativo de referencia si describe los acontecimientos históricos desde la esfera analítica de los conceptos e hipótesis sociológicos» (*ibid.*: 191).

³⁰ Piénsese en tropos (metáforas, metonimias, sinécdoques) tan decisivos como el del organismo, la máquina (en sus distintas versiones), el lenguaje, el teatro, el juego, etc. En BROWN (1989: 180-243) se realiza un detenido análisis de los tropos fundamentales del pensamiento sociológico.

³¹ Si utilizo esta obra de DURKHEIM (1973) es porque pocas otras hay en la historia de la sociología que tengan un carácter más ejemplar y que hayan acabado teniendo tanta influencia como modelo a seguir. Como subrayaba Parsons en *La estructura de la acción social*, «hay muy pocas monografías en el campo de la ciencia social donde se combine tan felizmente los aspectos teóricos y empíricos. Porque, sobre la base de lo que parece a primera vista ser un tema empírico muy restringido y especializado, Durkheim consigue llegar a resultados que arrojan una luz sor-

prendentemente brillante sobre algunos de los problemas más profundos de la teoría social» (PARSONS, 1968: 385).

³² Los tres tiempos de Braudel son la base para distinguir tres historias: «La historia tradicional, atenta al tiempo breve, al individuo y al acontecimiento [...]. La nueva historia económica y social "que" coloca en primer plano de su investigación la oscilación cíclica y apuesta por su duración [...]. La historia de aliento más sostenido todavía [...], de larga, incluso de muy larga, duración» (BRAUDEL, 1980: 64). Se trata, en realidad, de reivindicar como tiempos distintos modalidades distintas del acontecer o, más estrictamente, duraciones distintas que pueden converger puntualmente en el tiempo universal de la cronología. Para una interpretación parcialmente distinta, cfr. LUNDMARK (1993: 63).

³³ Sobre la polisemia del concepto de tiempo de Lévi-Strauss, analizada desde una posición claramente crítica, véase BARNES (1971).

³⁴ Véanse los trabajos de GRIFFIN, AMINZADE y QUADAGNO y KNAPP publicados en el número monográfico de la revista *Sociological Methods and Research* (1992, 20) dedicado a la sociología histórica. En todos los casos, la reivindicación de una sociología temporalizada se identifica con una especial sensibilización hacia el carácter procesual y abierto de la realidad, su configuración en términos duracionales, secuenciales, cíclicos, cronológicamente precisos, etc. Otra versión de lo mismo se encuentra en el argumento de Tilly a favor de una sociología con fuerte sensibilidad histórica que se concreta asegurando que «el tiempo y el lugar tienen una importancia fundamental; cuándo y dónde ocurren afecta a cómo ocurren. En consecuencia, se sitúan en el campo de la historia» (TILLY, 1988: 711). El tópico es tradicional entre los sociólogos; ya Simmel sostenía que «un contenido de realidad es [...] histórico cuando lo sabemos inserto en un lugar determinado en el marco de nuestro universo temporal [...] Esta autoevidencia y trivialidad se mostrará, sin embargo, como la más decisiva frente a otras definiciones de lo histórico más profundas y que parecen más formales» (SIMMEL, 1986: 77).

³⁵ En otros escritos (RAMOS, 1989 II: 68 ss. y 1992: introd.) he diferenciado, siguiendo las líneas de discusión de la filosofía anglo-sajona sobre el tiempo, las series temporales A (Pasado, Presente y Futuro) y B (orden temporal, cronometría), terminología originada en la obra de Mc TAGGART (1968). Que los tres tiempos de la frase narrativa se puedan conceptualizar en los términos de ambas series es evidente. En el caso de la serie A distinguiremos entre Pasado, Futuro pasado (tiempos de lo narrado) y Presente (tiempo de la narración). En el caso de la serie B podemos distinguir o en términos de orden temporal (secuencia temporal según el antes y el después) o en términos cronológicos (según fechas sucesivas).

³⁶ S. AGUSTÍN (*Confesiones, Lib. XI, cap. 20*) distinguía el presente de las cosas pasadas (memoria), el presente de las cosas futuras (espera) y el presente de las cosas presentes (atención). Para presentar más sintéticamente estos conceptos opto por unir los distintos tiempos utilizando mayúsculas para el sustantivo y minúsculas para el adjetivo. Y así, Futuro presente significa el presente de las cosas futuras (o como concebimos ahora un futuro en el que no estamos), mientras que Presente futuro significa el futuro cuando se convierta en un presente (o como será ese futuro cuando forme parte de una experiencia presente).

³⁷ ABRAMS (1982: 316 ss.) construye una interesante crítica a las distintas variantes de la historiografía «resu-

reccionista», basada en lo que, siguiendo a Selbourne, denomina expresivamente «la aducación del encuentro en directo»: «el resurreccionismo —la repoblación del pasado gracias a una exhumación archivística— es particularmente dada a la ilusión de ser una historia sin historiador: una historia que habla por sí misma [...], una historia sin sujeto o conocedor, sino sólo objetos conocidos o por conocer» (SELBOURNE en ABRAMS, 1982: 332).

¹⁸ El mejor trabajo actual sobre el tema es el de ADAM (1990), donde se rastrean sistemáticamente las relaciones entre tiempo y teoría sociológica. Sobre la recuperación actual de esa problemática véase RAMOS (1992).

¹⁹ Nótese, en este sentido, lo que TURNER (1990: 205) propone como característico de lo analítico: «1) hay "ahí fuera" un universo externo que existe con independencia de cómo lo conceptualicemos; 2) dicho universo manifiesta propiedades *atemporales, universales e invariables*; 3) la finalidad de la teoría sociológica es aislar estas propiedades *genéricas* y entender el modo en que funcionan» (énfasis mío).

²⁰ Para un análisis de la centralidad en las ciencias sociales de lo que denomina principio de la sospecha véase VAN PARIS (1981: 128 ss.).

BIBLIOGRAFÍA

- ABRAMS, P. (1982): *Historical Sociology*, Sommerset, Open Books.
- ADAM, B. (1990): *Time and Social Theory*, Cambridge, Polity Press.
- ANKERSMIT, F. R. (1983): *Narrative logic. A semantic analysis of the historian's language*, La Haya, Martinus Nijhoff.
- (1986): «The Dilemma of Contemporary Anglo-Saxon Philosophy of History», *History and Theory*, 25, 4: 1-27.
- (1989): «Historiography and Postmodernism», *History and Theory*, 28: 137-153.
- ATKINSON, P. (1990): *The Ethnographic Imagination. Textual Construction of Reality*, Londres, Routledge.
- BARNES, J. A. (1971): «Time Flies like an Arrow», *Man*, 6: 537-52.
- BERMEJO, J. C. (1987): *El final de la historia*, Madrid, Akal.
- BONNELL, V. E. (1980): «The Uses of Theory, Concepts and Comparison in Historical Sociology», *Comparative Studies in Society and History*, 22 (2): 156-73.
- BOUDON, R. (1981): *La lógica de lo social*, Madrid, Rialp.
- BOURDÉ, G. y MARTIN, H. (1992): *Las escuelas históricas*, Madrid, Akal [1990].
- BLOCH, M. (1982): *Introducción a la historia*, Méjico, FCE.
- BRAUDEL, F. (1980): *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza.
- BROWN, R. (1987): *Society as Text: Essays on Rhetoric, Reason and Society*, Chicago, University of Chicago Press.
- (1989): *Clefs pour une poétique de la sociologie*, Le Méjan, Actes Sud (ed. orig. 1977).
- CERTEAU, M. de (1987): *Histoire et psychanalyse: entre science et fiction*, París, Gallimard.
- CLIFFORD, J. y MARCUS, G. E. (eds.) (1986): *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, University of California Press.
- COLLINGWOOD, R. G. (1982): *Idea de la historia*, Méjico, FCE.
- COTILLO-PEREIRA, A. (1993): «La construcción del realismo textual: neutralidad y objetivación en los textos científicos», *Revista Internacional de Sociología*, 4:205-31.
- DAMI, R. (1994): *I tropi della storia. La narrazione nella teoria della storiografia di Hayden White*, Milán, Franco Angeli.
- DANTO, A. C. (1965): *Analytical Philosophy of History*, Cambridge, Cambridge University Press.
- DURKHEIM, E. (1973): *Le suicide*, París, PUF.
- ELIAS, N. (1982): *La sociedad cortesana*, Méjico, FCE.
- FONTANA, J. (1982): *Historia. Analisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Grijalbo.
- GADAMER, H. G. (1988): *Verdad y método*, Salamanca, Sígueme.
- GERTZ, C. (1989): *El antropólogo como autor*, Barcelona, Paidós.
- GIDDENS, A. (1984): *The Constitution of Society*, Oxford, Polity Press.
- GOLDTHORPE, J. H. (1991): «The uses of history in sociology: reflections on some recent tendencies», *British Journal of Sociology*, 42 (2):211-30.
- (1994): «The uses of history in sociology: a reply», *British Journal of Sociology*, 45, 1:55-77.
- GRIFFIN, L. (1992): «Temporality, Events and Explanation in Historical Sociology: An Introduction», *Sociological Methods and Research*, 20:403-427.
- HABERMAS, J. (1981): *La reconstrucción del materialismo histórico*, Madrid, Taurus.
- HEGEL, G. W. F. (1980): *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Madrid, Alianza.
- HELLER, A. (1982): *Teoría de la historia*, Barcelona, Fontamare.
- JULIA, S. (1989): *Historia social/sociología histórica*, Madrid, Siglo XXI.
- KERMODE, J. (1983): *El sentido de un final*, Madrid, Gedisa.
- LA CAPRA, D. (1983): *Rethinking Intellectual History: Texts, Contexts, Language*, Ithaca (NY), Cornell University Press.
- LE GOFF, J. (1991): *Pensar la historia*, Barcelona, Paidós.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1972): *El pensamiento salvaje*, Méjico, FCE.
- LLEDÓ, E. (1978): *Lenguaje e Historia*, Barcelona, Ariel.
- LOCKE, D. (1992): *Science as Writing*, Newhaven, Yale University Press.
- LOZANO, J. (1987): *El discurso histórico*, Madrid, Alianza.
- LUHMANN, N. (1976): «The Future Cannot Begin: Temporal Structures in Modern Society», *Social Research*, 43:130-52. [trad. en RAMOS TORRE, R. 1992:160-82].
- LUNDMARK, L. (1993): «The historian's time», *Time and Society*, 2 (1):61-74.
- MARAVALL, J. A. (1967): *Teoría del saber histórico*, Madrid, Revista de Occidente.
- MARTINS, H. (1992): «Tiempo y teoría en sociología», en RAMOS, R. (comp.) 1992:183-242.
- McCLOSKEY, D. N. (1983): *The Rhetoric of Economics*, Madison: University of Wisconsin Press.
- McTAGGART, J. M. E. (1968): «Time», en GALE, R. M. (ed.) *The Philosophy of Time*, New Jersey, Humanities Press.
- MEGILL, A. y McCLOSKEY, D. N. (1987): «The rhetoric of history», en NELSON, J. S.; MEGILL, A. y McCLOSKEY, D. N. (eds.) *The Rhetoric of the Human Sciences*, Madison, University of Wisconsin Press, 220-38.
- MULKAY, M. J. (1985): *The Word and the World: Explorations in the Form of Sociological Analysis*, Londres, George Allen y Unwin.
- NELSON, J. S.; MEGILL, A. y McCLOSKEY, D. N. (eds.) (1987): *The Rhetoric of the Human Sciences*, Madison, University of Wisconsin Press.

- PARIS, P. van (1981): *Evolutionary Explanation in the Social Sciences*, Totowa (NJ), Rowman y Littlefield.
- PARSONS, T. (1968): *La estructura de la acción social*, Madrid, Guadarrama.
- RAMOS, R. (1989): «El calendario sagrado: el problema del tiempo en la sociología durkheimiana» I y II. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)*, 46:23-50; 48:53-77.
- (1993): «Problemas textuales y metodológicos de la sociología histórica», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 63:7-28.
- RAMOS, R. (ed.) (1992): *Tiempo y sociedad*, Madrid, CIS.
- REYNOSO, C. (ed.) (1991): *El surgimiento de la antropología posmoderna*, México, Gedisa.
- RIÇOEUR, P. (1983): *Temps et récit. Tome I*, París, Éditions du Seuil.
- (1984): *Temps et récit. Tome II. La configuration dans le récit de fiction*, París, Éditions du Seuil.
- (1985): *Temps et récit. Tome III. Le temps raconté*, París, Éditions du Seuil.
- RÜSEN, J. (1987): «Historical narration: foundation, types, reason», *History and Theory*, 26, 4:87-97.
- SIMONS, H. W. (ed.) (1989): *Rhetoric in the Human Sciences*, Londres, SAGE.
- SIMMEL, G. (1984): *Les problèmes de la philosophie de l'histoire*, París, PUF.
- SKOCPOL, T. (ed.) (1984): *Vision and Method in Historical Sociology*, Nueva York, Cambridge University Press.
- SKOCPOL, T. y SOMERS, M. (1980): «The Uses of Comparative History in Macrosocial Inquiry», *Comparative Studies in Society and History*, 22 (2):174-97.
- STONE, L. (1986): *El pasado y el presente*, México, FCE.
- TILLY, C. (1981): *As Sociology Meets History*, Orlando, Academic Press.
- (1988): «Future History», *Theory and Society*, 17:703-712.
- TURNER, J. (1990): «Teorizar analítico», en GIDDENS, A. y TURNER, J. *La teoría social hoy*, Madrid, Alianza, 205-53.
- VEYNE, P. (1984): *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, Madrid, Alianza.
- WALLERSTEIN, I. (1979): *El moderno sistema mundial I*, Madrid, Siglo XXI (ed. original 1974).
- WALSH, W. H. (1985): *Introducción a la filosofía de la historia*, México, Siglo XXI.
- WHITE, H. (1985): *Tropics of Discourse*, Baltimore, The John Hopkins University Press.
- (1987): *Metahistory. The historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, The John Hopkins University Press.
- (1990): *The Content of the Form*, Baltimore, The John Hopkins University Press.